

JORNADA ESPIRITUALIDAD EN NUESTROS COLEGIOS
22-23 de febrero 2017
Casa Central/ Santiago

**La vivencia del Misterio de la Trinidad de María Helena
Stollenwerk y su relevancia para nuestra labor educativa hoy**

Introducción

1. Objetivo: Conocer y profundizar nuestra espiritualidad trinitaria misionera
2. Nuestra labor educativa en nuestros Colegios entre:
 - a) Visión constructivista: el alumno se autoconstruye
 - b) Visión correctiva: el alumno es corregido "para que aprenda"
=pedagogía dialógica desde la experiencia de la vida cotidiana
3. María Elena Stollenwerk: generación fundadora y modelo de formación
 - a) Datos biográficos
 - b) ¿Cómo vive María Helena el Misterio central de la fe cristiana?

Parte Principal:

1. El descubrimiento personal de la "imagen natural" de la Santísima Trinidad.
2. El Misterio de la inhabitación de la Stma. Trinidad.
3. La concreción cotidiana del Misterio
4. Un amor extremo

A modo de conclusión:

1. Valentía y fidelidad ejemplar
2. Expresión femenina del amor
3. El Espíritu Santo: protagonista
4. La empatía entre maestro-discípulo
5. Educar para los sentimientos

Preguntas para la reflexión en grupos:

1. ¿Qué sabe Ud. de Arnoldo Janssen, María Helena y Josefa? ¿Cuál es su importancia educativa?
2. ¿Qué sentimientos me provoca lo escuchado de la vida de María Helena?
¿Me permite comprender mi labor educativa que estoy realizando en mi colegio?
3. ¿Qué aspectos de la vivencia del Misterio de la trinidad nos motivan para "instalar un proceso a largo plazo" de un estilo de formación? (=Nancy, Directora de Fresia)

Bibliografía

Anselm Grün, Caminando en fidelidad. El camino de Helena Stollenwerk 1852-1990, Santiago 1996.
Anneliese Meis, El misterio de la Trinidad en la vida de María Elena Stollenwerk, La Revista Católica 1.133 (2002) 12-19.
Anneliese Meis, La certeza de ser y diálogo formativo en Edith Stein, Cuadernos de Teología 8 n 1 (2016) 6-27
Congregación Misionera Siervas del Espíritu Santo, Comunión con la creación Hacia una conciencia e interconexión más profunda, Roma 2016, 40-51.

Introducción

Continuamos las reflexiones de Kreti en torno a la educación-comunidad-nueva Evangelización (=Luise) con el propósito de profundizar el Misterio de la Trinidad vivida por Maria Elena Stollenwerk, una de nuestras co-fundadoras de la generación fundadora.

1. Objetivo

El objetivo consiste en *Conocer y profundizar nuestra espiritualidad trinitaria misionera* Quiero enfatizar nuestra espiritualidad como "**espiritualidad Trinitaria y nuestro carisma como carisma Misionero en su expresión concreta de comunión**" (**Angelita**) en la diversidad (XIV Capítulo General). Por eso, trataremos de descubrir la importancia de cómo Madre María vive el Misterio trinitario como ejemplo para nuestra labor educativa hoy.

2. Nuestra labor educativa en nuestros Colegios

Sabemos que toda educación es un proceso de "sacar a la luz" lo mejor de la persona (=e-ducere)" a la vez que es una formación, que involucra tanto el educando como el educador, sea en un sentido "constructivista" con énfasis en el educando, que se construye desde a sí mismo, o "correctivo", en que al educador se le impone desde fuera" lo correcto "para que aprenda". Ambas visiones tienen su pro y contra y nunca se deben dar de modo exclusivo. Pero se trata de buscar un equilibrio entre ambos extremos, no fáciles de reconciliar, sobre todo, cuando tomamos en cuenta no tanto contenidos abstractos para aplicar, sino vivencias-experiencias concretas, que cabe promover por medio de una "pedagogía dialógica", es decir, cuando se trata de interconectar el aula con la vida cotidiana

Si en esta tarde queremos dilucidar tal interconexión, necesitamos modelos viables, ya que toda educación descansa en una respuesta a la pregunta originaria ¿Qué es el ser humano? Y ¿cómo vive su relación con el mundo? Nos ayudan los nombres que llevan nuestros Colegios: nombres de grandes mujeres. Pues, sin duda, el nombre expresa todo un programa de vida, que muchas veces no logramos comprender y tenemos que aprender paso por paso a lo largo de toda la vida. Sabemos que el nombre tiene una importancia grande para nosotros, nuestra familia, nuestra sociedad. Nos da identidad hasta un *status* especial que remonta a nuestro ser y comportamiento. Pero ¿sabemos realmente, lo que significa y cuál es su relevancia para nosotros y otros? La Biblia está llena de nombres, cuyo significado se explica en vista al destino único e irrepetible de cada persona en su relación consigo mismo, con los demás, con Dios.

Lo que a nivel personal todavía es posible descubrir, aunque necesitamos toda la vida para profundizar y realizarlo, se complica enormemente, cuando se trata de la comunidad educativa tan compleja como la representan nuestros colegios, pues son colegios de las *Misioneras Siervas del Espíritu Santo*. Además, se identifican con figuras importantes como María, Madre de Dios, Su corazón purísimo y Emilia Urrutia, mujer generosa que donó sus bienes a niños necesitados. Detrás de los nombres, centrados en estas figuras femeninas se esconde, sin duda, un contenido importante, que se ha enriquecido por los logros y fracasos del camino recorrido a lo largo de más que 75 años de la existencia de nuestros colegios, cuyos detalles concretos no podemos

ahondar en el poco tiempo que tenemos a disposición, pero sí podemos ahondar en el espíritu que nos anima nos sostiene y orienta, es decir, nuestra espiritualidad.

3. *María Elena Stollenwerk: generación fundadora y modelo de formación*

No es fácil abordar este espíritu que más que definir podemos percibir en sus efectos, nuestro estilo de vida, que nunca alcanzar el ideal que expresa nuestro nombre. Pero debemos detenernos en este ideal, tal como lo forjó nuestro P. Fundador y las Madres María Josefa, cuyas imágenes Uds. ven a la entrada a nuestro Convento, en lugares destacados de sus colegios. Son personas que han alcanzado la realización de su misión recibido de parte del mismo Espíritu Santo, quien anima la Iglesia, que declaró al Padre Fundador santo y a las madres beatas. Pero hay algo más: este trio de nombres representa una realidad misteriosa que llamamos Misterio trinitario, Dios Trino y uno es decir hay diversidad de personas en la unidad de ser Dios. Este misterio queremos reflexionar desde nuestra vivencia de la espiritualidad misionera.

Para esto fijamos la mirada en nuestra labor educativa dentro del contexto de la vida personal, familiar y social, procurando iluminarla desde el misterio central de la fe: la trinidad, pero tal como la concretó una mujer sencilla, a la cual el Santo Padre se refirió durante su beatificación en 1995 como “una gran personalidad femenina y pionera de las misiones”. Se trata de María Elena Stollenwerk (1852-1900), cofundadora de las *Misioneras Siervas del Espíritu Santo*, primera congregación femenina fundada exclusivamente para la misión *ad gentes*, por Arnoldo Janssen, fundador de la *Sociedad del Verbo Divino*.

En efecto, si nos preguntamos qué es lo que nos hace sentirnos misioneros hoy, o, mejor dicho, qué le permite a María Elena concretar el llamado descubierto, nos encontramos con la importancia singular del misterio trinitario en su vida. De hecho, el llamado desde su niñez pronto fue tomando cuerpo a partir de lo personal, en lo familiar y social como concreción de aquel nexo misterioso que existe entre el individuo y la colectividad, nexo que brota espontáneamente cuando nos referimos a la Trinidad: tres personas divinas comparten el mismo ser, la misma divinidad, existen la una en la otra.

No pretendemos dar a conocer la vida de ella, ni hablar de sus grandes obras, tan sólo intentaremos *re-flexionar* sobre lo que fue la vivencia del Misterio Trinitario para ella, a fin que podamos descubrir y acoger mejor este Misterio en nuestra vida. Esto es, queremos profundizar la comprensión de nuestra vida cotidiana *desde, en y a la luz* de la Trinidad, que, siendo el misterio central de nuestra fe, casi pasa inadvertido para la mayoría de los cristianos, lejos de hacer de él un incentivo para darlo a conocer como misionera en tierras lejanas y desconocidas, tal cual María Elena realizara.

Es altamente significativo que una mujer, nacida en el siglo XIX en un pueblo lejano de Alemania, llegara a descubrir este misterio al interior de su corazón, sumergida en la estrechez e intimidad de la vida cotidiana, ella que desde un comienzo se caracterizó por su ternura, amplitud e intensidad de sus afectos. Más todavía: que este descubrimiento se entretrejerá con el llamado de ir a la China para ayudar a los niños necesitados y huérfanos, porque, como señala el Santo Padre "se conmovió ante la pérdida de los niños a los que se privaba del derecho a la vida", resulta digno de atención.

Esto, por cierto, es un misterio, una realidad que no conocemos en forma acabada, pero cuya profundidad sí intuimos y en cuanto tal la confesamos y la

proclamamos solemnemente como verdad central de la fe cristiana. Sin embargo, por muy misteriosa que sea esta verdad, no podemos negar, que la descubrimos *en* nosotros, –no tanto *fuera* o *encima* de nosotros–, sino en nuestra experiencia cotidiana. Ello sucede, sobre todo, cuando amamos. Pues, a través de este fenómeno humano, tan conocido y anhelado por todos nosotros, sabemos, con ciencia cierta, que la persona amada está en nosotros y nosotros en ella, sin que cada uno deje de ser lo que es.

Tal certeza, sin duda, aporta los mejores vestigios a la comprensión del misterio de la Trinidad, siempre y cuando estemos atentos a la mayor semejanza en la semejanza, pues nuestro amor es incomparablemente menos perfecto, que aquel que une las tres Personas divinas, aunque de todos modos es amor... Vale la pena, entonces, preguntarnos ¿cómo dilucidar esta misteriosa presencia de la Trinidad en nosotros? ¿Dónde está? Por cierto, enfatizamos "Dios es amor" y como tal nos inhabita. Nos inhabita, ¿cómo? ¿Experimentamos concretamente tal inhabitación en nuestra labor educativa, nuestra vida personal, familiar y social?

Sin duda, innumerables hechos, situaciones, acontecimientos, actitudes y gestos en nuestra vida hacen visible y palpable este misterio con más fuerza. Pero estos requieren atención y actos solidarios. Por lo tanto, quisiera exponerlos a partir de algunas reflexiones sencillas, que emergen desde nuestra propia experiencia y se iluminan con datos que nos aporta la vida de la Madre María Elena.

1) El descubrimiento personal de la "imagen natural" de la Santísima Trinidad.

Todos conocemos la experiencia de que somos seres humanos, cada uno singular, irrepetible, único, y que, por eso, somos valiosos, más de una vez hemos escuchado y se nos hizo sentir: ¡qué suerte que tú existas! Sin embargo, compartimos esta existencia singular con otros seres humanos: nuestra familia, nuestro pueblo, nuestro mundo, sin que agotemos el ser en su totalidad. Se trata de un hecho tan obvio y común, que no podemos ni siquiera compartir con otros la experiencia de este hecho, en cuanto nuestra porque es única, pero sí va perfilándose a través de una gran variedad de relaciones, bilaterales y opuestas, que se nos abren tan pronto como los ojos internos despiertan a la conciencia. ¿Qué hacer con esta complejidad? ¿Cómo penetrarla?

Nuestras relaciones, sin duda, son complejas hoy, pero en lo que se refiere a la vida de María Elena Stollenwerk han sido sumamente complicadas a causa de la complejidad excepcional de su vida familiar, que no podemos analizar mayormente. Pero sí, podemos y debemos prestar atención a cómo esa complejidad se va transformando en un aprendizaje concreto del ser humano de comprenderse y realizarse a partir de la relación con otros, muy cercanos, queridos, incluso enfermos: vivir a modo de la Trinidad, como un ser-en-relación.

Esto significa que no me comprendo egoístamente desde mí misma, sino en perspectiva a otro, desde Otro. Esta verdad profunda, que hoy estamos descubriendo a todo nivel –la presencia insustituible del otro en mi vida–, permite apreciar que el otro no es el "enemigo", es Alguien quien despierta amor, Alguien se dio a María Elena a través de la concreción dinámica de tan diversas relaciones intrafamiliares. Lo cual abre su sensibilidad de mujer para dar lugar a los demás en su corazón, más allá de palabras explícitas: acoge en su espacio personal la verdad, Dios no sólo es Uno sino Trino.

María Elena realizó, de modo muy positivo, lo que puede llamarse "la imagen natural de la Trinidad" en el ser humano, que actualmente se reflexiona con mayor ahínco: el volcar todo el ser-*yo* hacia el *tú*, que inadvertidamente confluye en el *nosotros* a partir de la constelación personal familiar concreta. Por cierto, se trata de una constelación dada, que ni ella ni nosotros podemos elegir o crear, sino sólo aceptar, más allá de todas las razones. El fruto de esta aceptación es indudablemente un gozo especial de una atmósfera de hogar, que María Elena irradia, pues brota desde el Misterio.

Resulta significativo la función de los sentimientos, en cuanto expresan la vivencia del ser humano y orientan el descubrimiento personal de la auténtica presencia de Dios en la vida cotidiana, a través de signos espontáneos. Así lo enseñan todos los grandes maestros de la Teología y vida espiritual, cuando nos explican los sentidos espirituales a partir de san Pablo. En efecto, es llamativo como estos sentimientos orientan las decisiones de María Elena en los momentos claves de su camino, los primeros contactos con la vida religiosa y con el Fundador en Steyl.

Pero, además, resulta notorio, que no se trata de un simple estar contento o no, no es un gusto vanidoso, que la haga regresar o no; es un sentirse más universal y afinada por criterios evangélicos, por ejemplo, la pobreza y modestia de la vida religiosa y el trato entre las personas. Sucede, también que, ante indicaciones muy contrarias a la sensibilidad humana, como aceptar el trabajo de sirvienta en la casa misional, que le ofrece Arnoldo Janssen, ella, una heredera de bienes materiales considerables, siente, según su propio testimonio, que "el Corazón se llenó de una lucidez y claridad cada vez mayor"¹.

La importancia de los sentidos y la fuerza de sus sentimientos, sin embargo, no fue algo meramente espontánea para María Elena, se le fueron revelando como un estado de ánimo duradero y sólido, que además congeniaba con su carácter alegre, sobre todo, durante los largos años de espera, cuando el Fundador le dice: "Es preciso esperar aún más clara la indicación del dedo de Dios", a pesar que "en medio de las dificultades del comienzo, el Superior contaba con la posibilidad de fundar..." Espera como simples sirvientas de la obra misional, hasta que se cumplen sus anhelos; años decisivos en su camino de fidelidad al llamado. Tal experiencia, llena de certeza afectiva, un sentirse bien englobante, pero gratuito, pues no lo podemos producir, sino sólo recibir, requiere de toda nuestra colaboración personal.

De ningún modo queremos afirmar que todo proceso sea armonía, logro, plenitud en nuestra vida, sabemos cómo inadvertidamente se van produciendo heridas, descontentos, malentendidos. De hecho, ¿hay algo más vulnerable que las relaciones humanas? Curiosamente estas heridas, sobre todo, a nivel afectivo, revelan su existencia y repercusión con frecuencia mucho tiempo después... Así también ocurrió para María Elena, ella las descubre recién en sus momentos de crisis, cuando toda su vida se pone en cuestión a los 37 años a causa de las circunstancias concretas: la edad avanzada que le impide ir a la China.

En aquellos momentos críticos ella comienza a vivir la desolación de una experiencia desgarradora, que la estremeció hasta en sus raíces más profundas debido

¹ O. STEGMAIER, Helena Stollenwerk (1852-1900). Reifung und Sendung der Mitgründerin der Steyler Missionsschwester im Lichte ihres Christusbildes (Katholische Akademie Augsburg, 93) Augsburg 1994, 16.

a la falta de claridad respecto del sentido del camino recorrido, –experiencia–, en que ella no duda de pedir ayuda a otros, personas confiables, como su director espiritual del pueblo natal, quien le permite objetivar los hechos y recuperar una cierta confianza en sí misma. Es típico el modo como María Elena superó la crisis, no a través de “ejercicios de un mes”, ni por otros medios llamativos, sino con los “medios disponibles en Steyl”, es decir: perseverar en la oración confiada y dedicarse al trabajo.

En esos momentos de crisis la “larga espera la oprimía mucho”, –esta fase en la vida de María Elena se ha llamado su “Subiaco y Manresa”–. Entonces, la “imagen natural del Misterio trinitario”, es decir, la capacidad connatural de relacionarse con otros y el ejercicio valiente de tal capacidad, le permitió proyectarse más allá de su familia hacia una comunidad religiosa que no existió y un servicio concreto a otros que nunca llegó a realizar. Sufrió un giro importante, una ruptura sensible, que la hizo entrar en sí misma y tomar conciencia que el Otro, Dios Uno y Trino, está aquí en su propio interior, su santuario.

En síntesis: el descubrimiento de la imagen natural de la Trinidad lleva a la certeza afectiva experiencial: “Sólo Dios puede llenar nuestro corazón. Es demasiado grande y demasiado vasto para poder ser comprendido por las criaturas”, en palabras de María Elena.

2) *El Misterio de la inhabitación de la Stma. Trinidad.*

Descubrimos, sin duda, la importancia del otro *fuera* de nosotros, como un atisbo significativo de la Trinidad, pero intuimos y sentimos también dentro de nosotros una presencia misteriosa que no sólo nos hace lúcido desde dentro, sino nos permite también darnos cuenta: ahí está Dios. Para María Elena fue el descubrimiento decisivo de su vida, lo atestiguan sus *Apuntes*, textos tomados de otros autores, bastante desconocidos, pero siempre místicos. Se trata de textos que reflejan una convicción profundamente trinitaria y que Arnoldo Janssen articula así: “No pensamos que sólo nosotros tenemos ideas buenas, aprovechemos, más bien, humildemente los pensamientos de otros”. En efecto, a través de estas verdades recopiladas, vemos cristalizada la vivencia propia de María Elena respecto de la presencia de Dios en ella, es decir, el misterio de la inhabitación de la Stma. Trinidad.

Sin duda, es una experiencia personal sentida, que retiene a María Elena con tanta frecuencia, silenciosamente ante el tabernáculo, ella prefirió esta estadía silenciosa a las indicaciones que el Fundador le daba para la meditación, es decir, comprendía como comprendiera san Ignacio, que no el mucho saber, sino el gustar interiormente satisface el corazón –EE2–. En efecto, María Elena se sintió cobijada por la voluntad del Padre en cuanto hija a modo del Hijo por excelencia, Cristo, en un gozo desbordante, que sólo podía tener su origen en el Espíritu Santo.

Tal experiencia íntima, que se va tornando cada vez más prologada en la vida de la Beata María Elena, hasta culminar en su paso a la Adoración perpetua, va acompañada desde siempre por algo externo, concreto: la voluntad del Fundador. Es clave su fidelidad y lealtad excepcional a Arnoldo Janssen, que no le impidió presentarle objeciones con libertad y franqueza, cuando se trató de aspectos más bien femeninos de la vida comunitaria. Impresiona, cuando escribe: “Por mi parte estaba firmemente convencida que todas las que se sentían llamadas a ser religiosas misioneras (...) debían ponerse con una confianza incondicional bajo la dirección e indicaciones del Rvdo. Padre Superior”.

Esta actitud filial ante la voluntad del Padre, concretada en la figura del Fundador, se tradujo para María Elena, en una configuración cada vez más notoria con Cristo, el Hijo Amado del Padre, humilde y obediente, cuyo corazón refleja, a modo humano, el amor entrañable del Padre. Por eso, ella no se cansa en venerar el Sagrado Corazón de Jesús, imitándolo. Así, pues, de sus *Apuntes*, como de las exhortaciones concretas brota la profundidad de una nupcialidad, que se parece a aquella que relatan los "místicos" respecto de un trato asiduo con el "único esposo de su alma".

La intensa unión con Cristo y la contemplación de los misterios de la vida de Jesús, sobre todo su infancia, llevan a descubrir en Él al Enviado del Padre por excelencia, *el* misionero, y pronto orienta toda comprensión de su propia actividad misionera. Esta ya no apunta, como en los comienzos, a aquella colaboración directa, que ella anhelaba, sino a la consolidación femenina de la obra misional en sus fundamentos puestos a partir de aquella intuición genial del Fundador, que supo unir la veneración del Sagrado Corazón con el Espíritu Santo.

De facto, el Espíritu Santo introduce a María Elena en la verdad completa de la inhabitación de la Trinidad en su corazón, es decir, llena todo su interior con aquel gozo íntimo, que, en perfecta consonancia con el carácter alegre de esta mujer, es signo vivo y auténtico de la presencia del Espíritu de Dios en el hombre. Una presencia siempre desbordante, novedosa, sumamente libre, porque el Espíritu Santo "no tiene nada propio". Él saborea el amor mutuo del Padre y del Hijo como su testigo objetivo. Por eso, el corazón femenino de María Elena, atento a todas las mociones del Espíritu, se ilumina cada vez más y arde de amor, no en sí, ni a causa de algo extraordinario, sino por descubrir en el rostro de Cristo la gloria de Dios.

La veneración al Espíritu Santo ocupa progresivamente todo el sentir y hablar de María Elena, en la medida en que los años avanzan, hasta tal punto que ella se refiere cada vez más a Él como Padre de la Congregación, es decir, el "Padre de los pobres". Esta "paternidad" del Espíritu Santo, que se une a la sponsalidad, a modo de María "Esposa del Espíritu Santo", es la única explicación del proceso mediante el cual se ha podido realizar una obra misional femenina, tan novedosa y tan impresionante en su rápida expansión por todo el mundo, a partir de una verdad tan oculta y mística, como la inhabitación de la Trinidad.

Y por si no bastara, a los aspectos señalados cabe añadir otro más relevante: ser Sierva del Espíritu Santo, a partir de una *con-formación* cada vez mayor con Cristo, el Siervo por excelencia, teniendo en el Cristo humillado, Quien se entrega libremente hasta la última gota de su sangre, el modelo de la actividad misional propiamente tal. De hecho, el *ser-Sierva*, que corona espiritualmente los modestos trabajos de sirvienta, con que María Elena y sus compañeras iniciaron su aporte a la obra misional y que hasta el día de hoy conserva su relevancia, sea cual sea el trabajo que realicemos, condujo a esta mujer valiente a dejarse exigir por un siempre "más", que en toda su modestia es también la característica propia del mismo Espíritu Santo.

Por eso, ha sido siempre muy relevante el hecho, que la obra inmensa misional realizada en todo el mundo, se nutra y conserve sano desde dentro por el clima del permanente recogimiento, del silencio y la soledad, que se profundiza, individual y colectivamente, y se exterioriza en un trato mutuo de las Hermanas entre sí, "a modo trinitario": su espíritu –el mismo nombre de la *Congregación Misionera Siervas del Espíritu Santo* lo indica–, tan sencillo y modesto, como el azul de su vestimenta, es

siempre eficiente, porque la fuerza que lo impulsa es la de *Su Señor*, el Espíritu de Dios, la Gloria misma de Dios.

Sintetizando, puede afirmarse con el Santo Padre, que "el nombre de la Congregación pone de relieve que la Madre María Elena llevaba muy dentro la adoración al Espíritu Santo", acogiendo las iniciativas del Fundador y complementándolas por su presencia femenina.

3) La concreción cotidiana del Misterio

Todos conocemos la fuerza y el empuje de las experiencias que nos entusiasman y requieren concreción. Y en la medida en que son más centradas también calan más profundamente y llegan más lejos... Sucede así con la Trinidad tan oculta, tan escondida en los rincones de nuestro corazón, entremezcladas con muchas cosas, lo cual requiere que caminemos conscientemente en la convicción de que "la fuerza impulsora de la actividad misionera es el Espíritu Santo". La concreción de este misterio tiene que ver con las cosas, que acontecen en la casa, un clima que permite sentirse bien y crecer. De tal modo, Juan Pablo II afirma: "el Espíritu Santo era el incentivo para anunciar el Evangelio y como afirma san Pablo para hacerse todo en todos".

La concreción cotidiana del Misterio "mediante el Espíritu Santo" llevó adelante a María Elena en el cumplimiento de la misión para la comunidad creciente de las hermanas. Esto se aprecia en el estilo de su gobierno: prestar mucha atención y escucha, cercanía y acogida de cada una, "si una salió la otra entró". Ella se constituye de modo connatural en el centro de toda la comunidad a través de las múltiples diligencias, solícita, actuando con una sorprendente franqueza, pensando siempre que la otra quiere lo mejor, pese a las dificultades que produce.

Impresiona, no sólo el comportamiento de María Elena, lleno de comprensión y ternura, sino también la valentía con que corrige. De tal modo, el amor fraterno y la insistencia en él se constituye en el tema más destacado en sus cartas a las primeras Hermanas misioneras en Argentina. Irradian una empatía, un interés por cada una, un calor humano, simplemente orientador para todo encuentro multicultural. Según ella, un fuerte empuje hacia el estudio y una formación sólida proporcionan las bases humanas, para que Dios y El Espíritu Santo pueden actuar en y a través de sus Siervas. Válido –además– para la colaboración concreta con la Sociedad del Verbo Divino: "La mujer consagrada a Dios mediante su ser y su quehacer torna visible y activa la presencia de Dios".

Quizás esto parezca demasiado cotidiano para la concreción de un misterio tan profundo como la Trinidad. Sin embargo, tal amor concreto refleja la dinámica trinitaria propiamente tal. Pues no sólo sabemos cuánto humanamente cuesta tal amor, es decir, tener que ponernos en el lugar del otro, callarnos, aunque hay miles de razones para protestar, prestar servicio sin que nadie lo note, ni lo reconozca. Y, sin embargo, hemos experimentado –María Elena es un ejemplo preclaro– un contento profundo que cada vez nos invade y, para hablar como Rahner atestigua, un contento porque hemos experimentado la gracia del Espíritu Santo.

Esta índole cotidiana no sólo se contrapone a todo descontento y a todo cuanto artificialmente llame la atención –María Elena y la pequeña comunidad lo sufrió en carne propia a causa de uno de sus miembros con aparentes signos extraordinarios de vida mística, que finalmente fue despedida por enfermedad–, sino corresponde al

comportamiento de Dios Uno y Trino mismo: Jesús hace suya la forma humana, que pasó como uno de tantos, –Flp 2, 6s–, y el mismo Espíritu Santo siempre desaparece detrás del Hijo y su relación con El Padre, aunque el rostro del Padre nadie haya visto jamás.

Sin duda, la concreción del misterio de la Stma Trinidad por el amor fraterno se constituye en fundamento de toda la obra misional de Steyl, que se articula desde la vida personal de sus miembros, mediante una intensa convivencia familiar abierta a la sociedad, con una índole intencionadamente trinitaria, en su articulación concreta de tres Congregaciones, consagradas una al Verbo Divino y dos al Espíritu Santo, índole, que hasta se refleja en la estructura arquitectónica de sus casas, por dentro inhabitadas por el Misterio central de la fe Cristiana.

4) Un amor extremo

La vivencia de una vida armónica plena, nos parece la expresión más lograda de la concreción del misterio trinitario. Sin embargo, conocemos las rupturas, los fracasos, como expresión más propia de un amor trinitario extremo, cuando el Padre entrega su Hijo muy amado en la Cruz y Jesús exhala su Espíritu en la hora de su muerte, devolviéndolo al Padre, a la vez que lo infunde en sus discípulos.

Este amor extremo, que actualmente se reflexiona mucho a nivel de los estudios trinitarios, sin duda ilumina nuestras situaciones límites, desde la Trinidad, –cuando los hijos salen de las familias y quisiéramos retenerlos–; desde los fracasos –cuando proyectos tan prometedoras terminan en nada–; desde la ingratitud –cuando hemos invertido todas nuestras fuerzas en la formación de otros, que no sólo parten sin decir gracias, sino invierten su capacitación como arma contra nosotros–; y, finalmente, desde la propia muerte.

María Elena lo experimentó en la despedida de su querida comunidad, que irrumpió en llanto igual como ella, al tener que pasar a la rama de vida contemplativa, las *Misioneras Siervas del Espíritu Santo de la Adoración Perpetua*, pese a la aceptación plena de la voluntad del Fundador como voluntad de Dios. También lo profundizó en un noviciado, sin duda, para ella humillante, porque el Fundador, al querer unir posteriormente ambas fundaciones en la persona de María Elena, con la mejor voluntad la postergó a otra Hermana, menos capaz y hasta enferma. Pero, en definitiva, lo concretó en su muerte dolorosa y prematura a los 52 años, como manifestación de un amor extremo.

Si esta entrega definitiva, tan dolorosa y en apariencias humanamente sin sentido, pero comparable sólo con la de Jesús, se comprende dentro del contexto más cercano, que fue él de la Eucaristía, entonces resulta válida, tal como Juan Pablo II lo desea con razón: "la nueva beata dé también hoy a las jóvenes orientadas hacia la actividad misionera, un corazón así de grande y una fe así de firme, para que la vida eterna, que sólo el Señor puede dar (cf. Jn. 10,28) crezca y madure en el corazón de los hombres".

A modo de Conclusión

Se puede apreciar la relevancia cómo María Elena vive concretamente el Misterio de la Trinidad para nuestra labor educativa en los siguientes aspectos:

- 1) Desde la vida personal vamos descubriendo la Trinidad a través de este llamado peculiar y único del Padre, quien nos llama por nombre. Este descubrimiento es todo un acontecimiento que nos involucra desde dentro, bajo influencias concretas externas, que se configuran desde y a través de nuestra historia personal y familiar hacia una claridad cada vez mayor. La valentía y fidelidad son claves en este camino; se requiere, según el ejemplo de María Elena, confianza y abandono a las manos del Padre,
- 2) La convivencia familiar nos enseña el ser hijo-hija, a modo de Jesús, el Hijo por excelencia, el Muy Amado: su vida es envío: hacer la voluntad del Padre es su alimento, ya que no realiza nada por propia cuenta. Ello requiere entrega total, pobreza extrema, no tener nada donde reclinar la cabeza, siempre sirviendo a otros, por quienes Jesús murió. En la convivencia familiar se originan actos extremos como el lavado de los pies, que anticipa la muerte por los hermanos. El ejemplo de María Elena saca a luz la mayor expresión femenina de este amor oblativo.
- 3) La convivencia social, dentro de un contexto multicultural, internacional y complejo en nuestros colegios pone de relieve aquella profundidad y amplitud del nexo misterioso entre lo personal y lo colectivo, que es el Espíritu Santo. ÉL viene subjetivamente en nuestra ayuda, pero atestiguando objetivamente el amor mutuo del Padre y del Hijo, que desborda, haciéndonos amantes Suyos. Este amor del Espíritu Santo posibilita un servicio desinteresado, empático, femenino, eclesial, como lo tenemos ejemplificado en María Elena a través de este gozo, que es propio del Espíritu Santo, "el no tener nada para sí". Sólo de tal modo Dios Uno y Trino vive en nuestros corazones y en los corazones de todos los hombres a través de nuestra labor educativa. Pues, "Dios, que quiere actuar con nosotros y contar con nuestra cooperación también es capaz de sacar algún bien de los males que nosotros realizamos, porque "el Espíritu Santo... provee a desatar los nudos de los sucesos humanos, incluso los más complejos e impenetrables" (Papa Francisco, LS 80)².
- 4) Para ejemplificar nuestra labor educativa, quisiera evocar una descripción que hace Edith Stein, otra mujer santa de la relación entre maestro y discípulo³. Escribe la pensadora: "Si se considera la relación auténtica del discípulo, este no toma solamente del maestro palabras pronunciadas independientemente de la vida personal del que habla. Las palabras mismas, el tono, la mímica –en una palabra, todo lo que nosotros sintetizamos en el término "expresión"– permiten al discípulo penetrar en la vida personal de su maestro, es decir, en un mundo espiritual que hasta entonces le era desconocido; participa así de una vida diferente a la suya; se llena de ella y queda formada por ella; y así viene a ser su propia vida dentro de los límites de su capacidad y docilidad. Este resultado puede producirse de una manera muy diferente y con correspondientes diversas consecuencias. Un espíritu independiente, atrevido, ávido por instruirse, se conducirá en relación con otros hombres como un conquistador. Se esforzará por hacerse dueño de su mundo espiritual para recibir de él lo

² Anneliese Meis, La creación y el Espíritu Santo, según la Carta Encíclica del Papa Francisco, Roma 41-51

³ SFE 1004/ EES 350.

que le conviene y crecer. Se apartará de todo lo que no le corresponda. Un espíritu débil, en el que la tendencia a obrar es muy reducida, puede ser querer dejarse llevar y dominar por la vida más fuerte. Tal vez será llevado por ella, sin recibirla de modo autónomo y sin poder seguir solo. Quizás también será aplastado hasta el punto de llegar a ser incapaz de desarrollar su vida propia”⁴.

5) Finalmente, a la luz del ejemplo de María Elena, quisiera insistir en la labor educativa en cuanto *diá*-logo formativo, que se encuentra mediado por el “yo siento”. Por eso, cabe prestar atención al espacio afectivo que se gesta “entre” persona y persona en el proceso de la formación, espacio *dia*-lógico que se abre desde arriba hacia abajo y desde abajo hacia arriba, de tal modo que el Espíritu Infinito se entrevé en el espíritu finito. Al encontrarse así la “autoconstrucción” de cada educando, espíritu finito, anticipada por Otro, el “Espíritu Infinito”, que en cuanto Espíritu Santo es el nexo “entre” el Padre y el Hijo, emerge la “certeza simple de ser”, como última fuente de toda formación en cuanto sentirse cobijado por Otro, a modo del niño en brazos de su madre. Fortalecer esta certeza simple de ser en el formando es, sin duda, la tarea de todo formador, al modo de la mamá que ante el deseo de su hijo de aprender a andar en bicicleta lo sube sin mucha precaución y le da un empujoncito para que el niño emprenda solo su camino, y así lo emprenderá.

⁴ SFE 1004/ EES 350.